

Constable en el Paisaje Y Animales Protagonistas

Por Waldemar Sommer

En la Inglaterra del siglo XVIII, el ejemplo de la aristocracia condujo a los artistas hacia una observación más directa de la naturaleza. Pero fue en la centuria siguiente cuando un gran pintor, John Constable (1776-1837), transformó a la cambiante atmósfera de la vida campestre en el personaje clave de sus cuadros. De esta manera, resultó él quien asumió, por vez primera en la pintura, una humilde actitud receptora ante el espectáculo del mundo silvestre. Esta nueva realidad pictórica, plasmada en obras admirables, alcanzó enorme influencia más allá de los días de Constable y de su país. Así, a través de su presencia decisiva en la escuela de Barbizon, llegaron los ecos ingleses hasta el mismísimo impresionismo francés.

Un claro testimonio —aunque se trate nada más que de reproducciones— de la importancia de Constable nos lo ofrece, en estos días, la sala del Instituto Chileno Británico de Cultura. Una exposición didáctica que revela bastante sobre el célebre pintor.

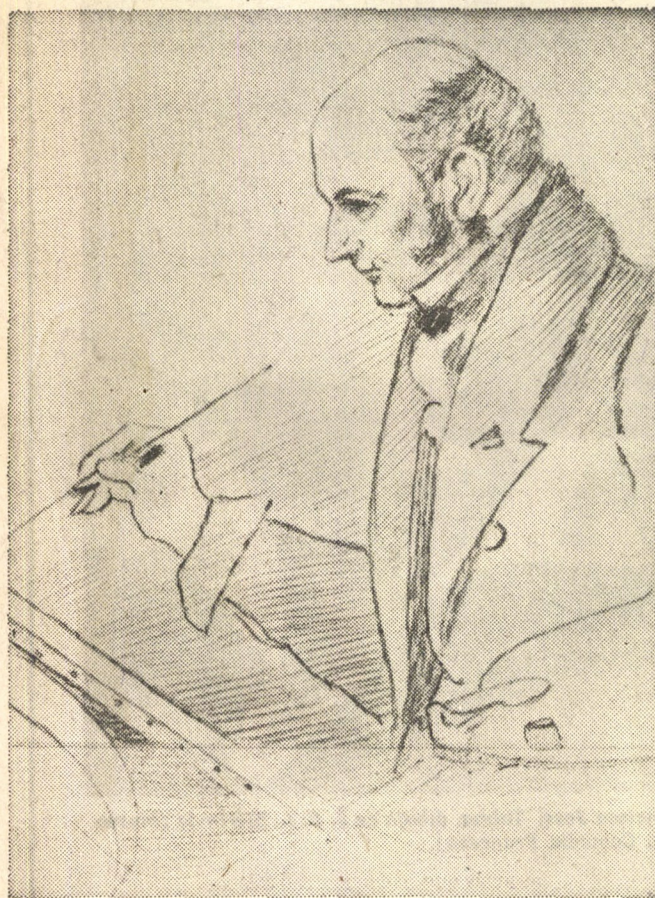
G. Díaz y J. León

Catorce pinturas, casi todas de amplio tamaño, representan a Gonzalo Díaz en la galería del Centro de Estudios de la Arquitectura, CEDLA. Un apreciable cambio evidencia con ellas el artista: ya no encontramos la factura minuciosa y esmerada de antes, ni los bien definidos contornos esfumados; tampoco se conserva, en general, aquella sutil carga de misterio, un poco romántica, que encerraban sus escenas de entonces. Hoy, por el contrario, el factor expresivo apunta a la violencia, a la entrega de situaciones que incluso llegan hasta ser feroces; la pincelada también busca la espontánea soltura; la composición trata de abrirse, de disolver a veces parcialmente las figuras en las sombras o en la luz. Sólo permanece el fuerte ambiente onírico, donde las variadas incidencias del mundo animal despliegan sus hechos, o sus intenciones se dejan vislumbrar, pues estamos ante fantasmagóricos sucesos del acontecer zoológico: enfrentamientos de irritados micos, gatos furibundos, toros amenazantes, aves de rapiña despedazando su presa, reses o, por lo menos, mamíferos que la garra de la muerte torna inquietantes.

De los antiguos asuntos, de evocador y contemplativo surrealismo, quedan momentos en cuatro o cinco telas de dimensiones reducidas, sobre todo en dos cuadros que cuelgan encima de la escalera de acceso al recinto de exhibiciones. Casi todas portan el tema del jinete que enarbolaba lanza, en medio de un intemporal panorama de sueños. Sin embargo, el afán expresivo aparece acentuado —en un lienzo más que nada— si se compara con las obras inmediatamente anteriores.

Pero el actual clima de exaltación de los apetitos del mundo irracional se vierte a través de formas no siempre satisfactorias. Sus soluciones plásticas no convencen debido al trazo descuidado, de dibujo a menudo incorrecto, al color que tiende a ensuciarse, a la propensión a agrandar las composiciones sin un tratamiento más detenido de cada una de sus partes. Además, los mismos indicios de exterioridad que a veces se advierten, inherentes al contenido argumental de ciertos cuadros, los marca con el signo de la grandilocuencia.

Sin duda, nos hallamos frente a una etapa de transición en la obra de Gonzalo Díaz. Esto, por cierto, no significa que el pintor se encuentre con su capacidad creadora disminuida; al contrario, resultan aquí palpables las fuerzas juveniles que lo animan, las cuales lo llevan a inquirir nuevo rumbo para sus inquietudes expresivas. En la presente oportunidad, un trabajo ostenta, más que el resto, variadas expectativas: se trata del que enseña la figura de un hombre en segundo plano, delante de los afilados contornos de una suerte de ruinas. Un inequívoco ingrediente expresionista asoma allí, y, al mismo tiempo, sentimos una vinculación profunda con corrientes estéticas del pasado.



En una sala contigua al sitio donde expone el artista recién comentado muestra seis obras Jaime León. Aunque provisto de cualidades, se le ve mucho menos maduro que su compañero en CEDLA. Así, hay en su orientación estilística vacilaciones y logros variables. De esta manera, una tela posee marcado acento gráfico, por más que sea, al igual que el resto de estas piezas, soporte textil y pintura sus exclusivos componentes. Y justo dicha labor se perfila como la mejor del grupo. Su tema se relaciona con el guía sin vista que conduce a otros ciegos, de Brueghel, motivo bajo el cual hace cola un conjunto de soldados, todo en una disposición de contornos cerrados y muy apagado cromatismo.

Respecto de los atributos aplicables a las cinco piezas acompañantes, fluctúan ellos desde la insignificancia del cuadro con el automóvil y desde la falta de congruencia de los dos planos del constituido por los cuerpos de Aldo Moro y geométricos —éstos, cual naturaleza muerta— hasta la feliz idea, mas no bien ejecutada, que rinde homenaje al Papa Juan Pablo I, y la composición, más acertada y pictórica, con un personaje de camisa blanca y aire de triunfador deportivo.

Marcelo Larraín

Al fin una promesa hecha realidad. Y en el escuálido campo de nuestra pintura joven, además. ¡Cómo para alegrarse!

Que Marcelo Larraín ha sabido acrisolar lo más valioso de sí para alcanzar esta nueva etapa de su evolucionar

estético, queda de manifiesto en la exposición de Galerías Lawrence. De tal manera apreciamos acá cómo el artista decanta, e integra en una sola, las mejores esencias suyas. Propias éstas de cada una de las potencialidades expresivas que, como anotábamos en un comentario del año pasado, parecían habitar en él: dominio del dibujo, sobre todo a través de la representación del cuerpo humano; capacidad de transmitir, en dos dimensiones, las cualidades del movimiento y de volver materia la fuerte tensión interior de sus personajes; adecuada atmósfera para desplegar, de un modo sugerente, las distintas situaciones planteadas por cada cuadro; muy buen tratamiento del color; en fin, congruente amalgama de ciertos elementos de clara raigambre gráfica.

Todas las anteriores características se funden, no obstante, dentro de las márgenes verdaderas de una Nueva Figuración, alguna vez señalada por tintes oníricos. Y si en el pasado fue Bacon el norte de Larraín, hoy ese influjo luce bien digerido y sobrepasado por una propiedad genuina de nuestro pintor: la especial potencia visceral que nace desde las entrañas mismas de sus protagonistas, tanto seres humanos como puros animales. Así, hombres de rasgos corpóreos simiescos ya departen, ya solitarios huelgan o se exhiben en playas o plazas. En este último lugar, una superficie de naturaleza geométrica adquiere principal función, enmarcando con sorda oscuridad o aislando con un halo de luz coloreada a la desnuda figura humana, y siempre en la forma de un definido rectángulo.

El sitio costero, por su parte, sirve de escenario a tres bañistas junto a un pequeño quitasol. Se colocan ellos próximos al mar, en el plano superior del cuadro, mientras la totalidad del arenoso y deshabitado espacio restante no cede un ápice en fuerza expresiva a los actores racionales.

También un sólido rectángulo negro amarra al condenado con tétrica y premonitoria elocuencia, en uno de los fusilamientos del par de homenajes a Goya; el otro, entretanto, ofreció al candidato al suplicio bajo blanco capuchón, lo cual no impide que podamos apreciar el excelente trozo de pintura que resulta ser la parte posterior del cuello, libre de vestiduras. Una casi similar calidad posee el bien dibujado brazo de un jinete que, en otro lienzo, cabalga en medio de una asoleada soledad.

Y al igual que en el caso de Gonzalo Díaz, hallamos aquí animales como protagonistas únicos de la tela. Con este tema Larraín acierta y yerra. Lo primero sucede con el magnífico caballo blanco, cuya expresividad vuelca, mediante profunda intuición, la fuerza impetuosa de un relincho; de nuevo el rectángulo cumple, en esta oportunidad, un primordial cometido.

En los "Cuervos", en cambio las formas se ablandan y dispersan, se percibe la ausencia de un bien estructurado centro de interés —punto fundamental— que presida la composición y establezca los diferentes valores plásticos.

Dos obras del expositor de Galería Lawrence albergan singulares propiedades. Una, muy interesante, entre el desarrollo serial de la vulgar caída de un hombre a través de cuatro visiones, con hermosos grises, que recuerdan una secuencia fotográfica. El acostumbrado elemento geométrico se ha usado acá con mucha soltura y vivaz dinamismo.

En "Metro" el ingrediente gráfico se traduce con toda certeza, pues aparecen fotos colocadas directamente en medio de los predominantes trazos pictóricos. Sin embargo, la supuesta heterogeneidad del lienzo está resuelta a satisfacción y los distintos componentes guardan la necesaria unidad.

Después de sopesar esta exposición podemos afirmar, sin vacilaciones, que Marcelo Larraín conquista su mayoría de edad artística y se afirma como uno de nuestros mejores nuevos pintores.